

## UN PÓLDER MÁS, GANADO AL MAR DEL OLVIDO

DUEÑAS LORENTE, José Domingo, *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas. El grupo de Talión (Samblancat, Alaiz, Acín, Bel, Maurín)*, Zaragoza, Edicions de l'Astral / Publicaciones del Rolde de Estudios Aragoneses («Cuadernos de Cultura Aragonesa», 33/34), 2000, 360 páginas.

Francisco CARRASQUER LAUNED

No se nos acaba nunca esa labor tan necesaria como gratificante de rectificar la historia (sobre todo poniendo lo que hace falta y sacando lo que sobra), a los que nos interesa ganar lección verdadera, fidedigna y completa de nuestro pasado tan ignominiosamente manipulado y tergiversado por historiógrafos parciales y escamoteadores. Pero sobre todo urge llenar y rellenar la maltratada historia de nuestro Aragón libertario, en tan gran parte sumergida en las aguas del olvido por más de un historiador enemigo de los amigos de la Libertad y, en especial, quién sabrá por qué, si son aragoneses.

Pues bien, a esta labor de relleno de vaciadas hornacinas históricas se ha dedicado el profesor José Domingo Dueñas, aragonés de pro e investigador con una paciencia de santo y que huele la verdad enterrada y la mentira putrefacta como los canes (¡con perdón!) que se emplean en operaciones de rescate en las grandes catástrofes —como la presente de El Salvador, de tan trágicas consecuencias (escribimos esto el 15 de enero de 2001).

Como autor de un empeño parecido, quiero aquí y antes de nada rendir tributo al colega y amigo profesor José Domingo Dueñas. La pena es que, de haber publicado antes este libro, habría servido de puntual, extenso y sabio antecedente a mi epítome histórico de hace nueve años: «Cinco oscenses: Samblancat, Alaiz, Acín, Maurín y Sender, puntas de lanza de la prerrevolución española» (*Alazet*, 5 [1993], pp. 9-69); o sea que esa «ópera» de Dueñas tiene nada menos que 300 páginas más que mi quinteto de cámara, ante lo que vuelvo a darle las gracias y rendirle home-

naje al autor de *Costismo y anarquismo en las letras aragonesas*. Se me dirá que igualmente puede ahora funcionar como extensa primera parte de mi brevísima segunda, pero ya no es lo mismo, porque de haberme precedido Dueñas mi trabajo habría sido por fuerza muy distinto, ya que me habría dado pie (bien escandido, por suerte) para la andadura de mis análisis y otras derivaciones investigatorias. Entonces, ¿tendría que reelaborar mi ensayo? Esta palabra me ha saltado oportunamente, porque lo que yo he querido hacer ha sido más un ensayo que una relación historiográfica, como creo que ha llevado a cabo Dueñas, y muy bien, por añadidura. Hay, no obstante, un principio de ensayo en esta obra también, puesto que Dueñas parte de una idea cautivante, que para mí también lo ha sido en estado latente, idea que tenía *darrera el clatell*, como dicen los catalanes (detrás del colodrillo), y es la de que Costa haya podido ser una fuente inspiradora y seriamente *reveladora* para varias corrientes revolucionarias aragonesas y muy en especial un nutriente del revolucionarismo libertario.

Pero la diferencia más notable entre esta obra y la mía estriba en la exigencia del autor. A mí me bastaba llamar la atención sobre el peregrino fenómeno de que, en un momento dado y en un mismo lugar, se diera la casualidad de que cinco intelectuales (¡nada menos!) de una misma provincia emprendieran un mismo curso de social transcendencia, doblado de carrera artística, desde parecidas —si no ya paralelas— circunstancias y condiciones. El lugar era Huesca y la fuente podría haber sido Joaquín Costa, ¿qué duda cabe? Máxime siendo también la fuente un oscense. Y cuando yo escribía en *Andalán* «Tres ríos, una sola fuente: Sender, Alaiz y Samblancat» (nº 53 [noviembre de 1974], p. 16), igual podría haber nominado la fuente como Joaquín Costa. Pero no lo hice. Y bien que lo siento. Por eso digo y proclamo que, antes que mi ensayo, se lea el libro en que Dueñas nos da cuenta minuciosa y con una ilación historiográfica perfecta de los mismos personajes que yo presento, más un par, igual del mismo grupo, como pueden ser el interesantísimo Gil Bel y un *Silvio Kossti*, sin descuidar... ¡naturalmente!, a Joaquín Costa, montisonense por nacimiento (1844) y grausino por defunción (1911)... O fruto de huerta verde que acaba en fontana brotando de roca prepirenaica.

Uno de los servicios que más le agradezco a José Domingo es que se haya extendido tanto sobre Alaiz: en sus actividades periodísticas y en los bruscos o lentos virajes que imprimió a su rumbo literario e ideológico por sus años mozos. Tal vez yo pueda ahora, aunque sea a destiempo, dar una clave que nos explique el porqué de haberse mantenido, desde sus 30 años hasta su muerte, en un punto fijo su timón encarado hacia un mismo rumbo que puede llamarse *Acracia*. Pues sí, aparte de las razones dadas en mis escritos sobre Alaiz (*vid.* «Bibliografía» del mismo Dueñas en la obra que nos ocupa), quisiera dar aquí una aventurada, más posiblemente aclaradora razón/sinrazón de naturaleza inconsciente, que, a decir del psiquiatra suizo Carlos Gustavo Jung (1875-1961), puede ser de efectos más poderosos que lo racional-consciente.

Me refiero a una peregrina inclinación de Felipe Alaiz, ya desde mozo, por lo gitano. Pero no para hacer de lo gitano un mito poético, como Federico García Lorca, sino para vivir a lo gitano, más concretamente para vivir con gitana. Siendo bastante joven aún se presentó en casa de su madre, en Albalate, con una gitanilla que conoció estando en Tarragona y la presentó a la familia como su prometida, con el consiguiente escándalo de su madre y hermanas. Definitivo me parece el hecho de que haya vivido siempre con una gitana. Incluso en el exilio, fue su última *compañera sentimental* (como dicen en los *media*) una maestra española (aragonesa y osense por más señas) de sangre gitana al 100%, si bien hija de padres gitanos perfectamente «integrados».

Y he aquí que nos hallamos ante un caso típico de transferencia psíquica de lo inconsciente a lo superconsciente, como es lo ideológico. Tendría que habersele hecho un psicoanálisis para averiguar, en primer término, si Alaiz había sufrido algún tipo de complejo de Edipo por el que sintiese cierto odio a su padre, capitán retirado tras la famosa campaña de Cuba hundida en el fracaso del 98. Él decía en toda ocasión a mano que adoraba a su madre, doña Felisa de Pablo, de rancia familia muy respetada en el pueblo. De ella aprendí, siendo un crío, la palabra *alazet*, sustantivo de clara etimología árabe que significa 'cimiento o fundamento de una casa' y que después me había de encontrar como título de una revista así nombrada y a la que he tenido recientemente generoso acceso. Y es que un día, jugando con mis primos de enlace, los Lorda Alaiz —cuatro chicarrones tan revoltosos como yo— en el pequeño jardín de doña Felisa, nos echó de allí a cajas destempladas la abuela increpándonos con estas o parecidas palabras: «Brincadme de aquí, que me vais a echar la casa abajo y no me vais a dejar ni los *alazetes*». Pero, bueno, tiene a lo mejor más gracia lo que le dijo Felipe Alaiz a su madre cuando este le confesaba sus temores de que fuese toda su vida un desgraciado sin una perra en el bolsillo, al paso que iba, siempre escondiéndose de la policía por sus escritos revolucionarios. Pues va y le dice Felipe: «No tenga miedo, madre, que cualquier día vengo y la voy a enrunar a pesetones».

Pero sigamos con el fenómeno de la transferencia psicológica. ¿No es admisible que su gitanofilia le hubiese llevado al ideal anarquista? Al gitano le causa horror todo lo *oficial*. Y a Alaiz también, tal que porque oficial era su padre, para empezar. El padre lo había encarrilado a hacer carrera en la Marina, pero como el capitán se murió bastante joven de un infarto ya ni empezó Felipe esa carrera, una vez se sintió el amo de la casa (varón y mayor que sus tres hermanas). Por extensión, odiaba también todo lo académico. Por eso se jactaba de ser autodidacta y ha escrito no poco a favor del autodidactismo.

Tampoco es tan incomprensible semejante transferencia porque, al fin y al cabo, ¿los gitanos no son en la práctica anarquistas? Excepto en lo religioso, claro. Pero el gitano vive siempre al margen del *establishment* del país en que vive, es tremendamente individualista, si bien se aparta del anarquismo por su exacerbado

machismo. El gitano cultiva el ocio creador: ahí tenemos los objetos con que se gana la vida, siempre con algún toque artístico, pero sobre todo por el vuelo que alcanzan en sus medios la danza y el cante. Como los anarquistas, que también le dan tanta importancia al ocio, sin el que no pueden desarrollarse ni la filosofía ni las ciencias ni las artes.

Sin embargo, así como el gitano es nómada por antonomasia, Alaiz fue siempre un hombre casero, casi poltrón y, si tuvo que viajar bastante, no fue casi nunca por tener espíritu viajero sino por fuerza: escapar de la Guardia Civil (como un calé más) y exiliarse, con todo el ajetreo que eso conlleva.

Como intelectual sí que se le podría adscribir a cierto nomadismo. Y me refiero concretamente a su empeño de ser periodista. Seguramente le parecía que ser escritor era algo demasiado oficial también. Y, como por lo mismo tenía horror al éxito, a la fama, se temía que si llegaba a escribir un best-seller se moriría de vergüenza de ser zarandeado de un lado para otro como un payaso de feria, aunque fuese feria literaria, con sus ceremonias, homenajes y ditirambos. Lo que aquí quiero decir se vio bien claro en la reacción ante Ortega y Gasset. Desde *El Sol* podía haber irradiado su talento literario por toda España y conseguir nombradía, pero por eso precisamente lo dejó, por «irradiar» desde Madrid, desde la Corte y desde un diario «serio», representativo de la cultura oficial. Aún está más claro lo que quiero decir con lo que contestaba a todo aquel que le incitaba a escribir una «gran obra»: «No, no, yo soy periodista, siendo periodista yo me siento más libre y me multiplico literariamente en diversos campos». Podía haber dicho: «Siendo periodista me siento más nómada», ¿verdad?

Como en toda regla hay alguna excepción para avalarla, precisamente voy a citar una que desmiente por una vez su antiacademicismo: se sintió muy orgulloso cuando recibió una invitación del rector de la Sorbonne para dar una conferencia en el Paraninfo...

Otra excepción sería, contra su nomadismo periodístico, la confesión que un día me soltó entre bromas y veras de que su *Quinet* se leía como modelo de literatura española en los departamentos de español alemanes y que, con el tiempo, llegaría a ser un modelo de novela moderna, como un nuevo *Quijote*.

En fin, otra contradicción podría ser el hecho de que cuidase tanto de sus artículos, puestos todos pegaditos sobre hojas consistentes en blanco y muy meticulosamente ordenados por años y por temas, por revistas y diarios, seguro de que dejaría así su legado en orden para la posteridad. Y lo triste es que ahora mismo yo no sé dónde se guardan los centenares, qué digo, los millares de artículos que escribió Felipe Alaiz día a día y durante más de cincuenta años. Pero, aun teniéndolos todos a mano y en el perfecto orden con que los guardaba su autor, ¿quién se atrevería a hacer una selección de todo ese ingente acervo periodístico, capaz de llenar por sí solo toda una gran estantería de una hemeroteca? Porque ni pensar en emprender

una *Obra completa* de unos *sesenta y siete* tomos, como el mismo Alaiz calculaba a ojo de buen cubero que llenaría toda su obra dispersa en revistas, semanarios y diarios. Pero hay que decir que no se ha perdido todo porque, aparte de algunas novelitas que todavía podrían encontrarse, son de fácil acceso tres obras de las más importantes de la producción de Felipe Alaiz: su mejor novela, *Quinet* (París, Solidaridad Obrera, 1961), sus dos tomos de *Tipos españoles* (París, Umbral, 1962) y el libro más importante de todo lo que Felipe Alaiz haya escrito de reconstrucción social y de filosofía política (en el más lato sentido de esta sospechosa palabra, tomada aquí en su sentido contrario al de «politiquería»): *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, publicada por Ediciones Madre Tierra —editorial que ha desaparecido sin dejar rastro: algo inaudito, ¿no?— en coedición con la Fundación Anselmo Lorenzo de Alicante y el Sindicato de Oficios Varios CNT de Béziers, Francia (Madrid, 1993). Fue una gran idea la de editar en un solo tomo, aunque sea tan grueso como para contar 606 páginas, aquellos 20 folletos, cuyos tres últimos ni siquiera se llegaron a editar, para más inri. Así es como podemos ahora hacernos una idea justa y sin retóricas de lo que Felipe Alaiz nos propone para el funcionamiento óptimo de una sociedad española: un régimen federalista, que es, a mi modo de ver también, la fórmula mejor para cohonestar orden y libertad en nuestra nación de naciones o confederación de federaciones. El mismo texto apareció entre 1945 y 1946, ya en el exilio, editado según proyecto en 20 fascículos por Biblioteca Tierra y Libertad (según reza en el logotipo), o sea, a folleto por capítulo. Pero entre 1945 y 1946 no se llegó a publicar más que 17 fascículos y los tres últimos aparecieron en 1984 (38 años más tarde), sin que conste si fue en París o en Toulouse, con la misma imprenta, a lo mejor, en que se publicaron las revistas *Umbral* y *España Libre*, respectivamente.

Antes de acabar con Felipe Alaiz en la obra que comentamos, querría puntualizar algún extremo que lo necesita. Por ejemplo, la expresión que emplea el amigo Dueñas sobre la motivación de mi libro editado por Júcar no puede obedecer a un «ajuste de cuentas», como se dice en página 62, puesto que digo lo que me parece según mi experiencia y juicio, que resulta coincidir con el parecer de otros que lo conocieron bien. Y esto me viene a cuento, precisamente, al releer en el último fascículo de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, titulado «Obras inacabadas», que los editores de los tres últimos capítulos de la obra se lamentan de que Alaiz hubiese sido tan informal como para dejar no pocos proyectos poligráficos sin terminar y otros solo apuntados como títulos y que nadie creía que los hubiese emprendido siquiera.

De haber querido vengarme de Alaiz por algo, habría podido decir que se presentó a concurso para secretario del Ayuntamiento de Albalate de Cinca y fue suspendido, ganándose la plaza mi padre, Félix Carrasquer Pueyo. Mas para mí este resultado era de desear, porque Felipe no tenía madera de funcionario y no habría aguantado en el cargo ni un mes. Por otra parte, no podía haber motivo de venganza puesto que Felipe ha visitado ulteriormente nuestra casa muchas veces, dado que iba a casa de su hermana Marina, con la que se había casado mi padre al que-

darse viudo. Nada, pues, de ajuste de cuentas como gente de mafia, ni aun de mafia intelectual, que también la hay. Simplemente una obligación de todo biógrafo de presentar a su biografiado con todas sus caras, sus virtudes y sus puntos flacos, si los hay. Pero que conste que toda la motivación que me llevó a escribir mi libro sobre Alaiz era y seguiría siendo la de un admirador.

En cambio, le agradezco mucho al amigo José Domingo que se haya extendido sobre las ideas y la evolución de las mismas en sus cinco personajes. Y en este apartado me interesan muy particularmente unas cuantas citas que acaban de hacer justicia al ideario de Felipe Alaiz. La primera cita, que también está en las «Conclusiones» de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas* (fascículo nº 20, p. 38), dice así:

He aquí, según Peirats, lo que Alaiz decía de sí mismo: «Y en cuanto a crítica, creo que no hay (insiste en no ser falsamente modesto) quien me quiebre la pluma. Y todo porque he creído que la anarquía no es un régimen, sino que es una conducta en cualquier régimen».

Sí, señor, la ética del individuo que prescinde olímpicamente, que «pasa» de todo régimen o sistema social, que no espera a ningún salvador —y menos de la masa— para gozar de su propio orden en su propia libertad creadora.

Y otra cita para terminar. En p. 325 de *Costismo y anarquismo...* se lee:

Por último, haciendo nuestra la reflexión de uno de los seguidores que mejor le conocieron, Vicente Galindo (más conocido por su seudónimo *Fontaura*), creemos que puede servir de epitome del pensamiento alaiciano un apunte que el escritor, ya de edad avanzada, transmitió en carta a su discípulo: «Hay que disolver concienzudamente la Anarquía en la cultura. Atenerse a hechos: conciencias ganadas, cooperativas de instrucción, aprovechamiento racional de los mejores materiales en mejorarse moralmente, etc. Es el programa juicioso».

Casi exactamente lo que yo pienso, aunque yo sería más explícito y concreto. Porque para mí es la cultura la única solución permanente de la vida social. Y, si a esto añadimos esos «hechos» que significan mejoras infraestructurales, solo nos falta garantizar la libertad supraestructural. Con lo que cohonestamos orden y libertad y así la sociedad no puede menos que superarse constantemente. Eso de «conciencias ganadas» supongo que es el resultado de una labor de educación (¡no propaganda!), de persuasión y de convencimiento de la opinión pública por la democracia. ¿Para qué más, si en la democracia caben todas las anarquías, comunismos libertarios y socialismos del mundo?

Y así como se ha esmerado Dueñas en poner a Alaiz en su sitio lo mismo ha hecho con los otros: con Gil Bel, con Acín, con Maurín y, sobre todo, diría yo, con Samblancat, que queda en este libro retratado de cuerpo entero (con el alma dentro, claro, si es que alma le dice todavía a alguien).

Quedan, pues, definitivamente recuperados, rehabilitados y hasta homenajeados nuestros queridos intelectuales oscenses, desde Costa a Sender, pasando por el grupo de *Talión*, gracias a la obra aquí tratada de José Domingo Dueñas, en que

## RESEÑAS

todos ellos vienen a ocupar el puesto histórico que como escritores e intelectuales (tábanos de la opinión pública) se merecían.

¡Ah!, y desde luego en el libro de José Domingo Dueñas queda bien demostrada su tesis según la cual Joaquín Costa fue como la materia prima con la que dieron forma personalizada, los libertarios aragoneses, a sus idearios y a sus creaciones literarias, periodísticas, de ensayo y de ficción.